

# «La fe y la comunidad eclesial»

Carta de Mons. Juan Rubén Martínez, obispo de Posadas  
para la Solemnidad de Pentecostés  
31 de mayo de 2020

En este domingo estamos celebrando la gran Solemnidad de Pentecostés. El Evangelio de San Juan (20, 19-23), nos muestra a Jesucristo Resucitado, enviando a sus Apóstoles, a aquellos que fueron elegidos entre los discípulos: «Como el Padre me envió a mí, yo también los envió a ustedes» (Jn 20,21). Y les otorga el poder para ejercer el ministerio de perdonar y retener los pecados, que los sacerdotes ejercen en el Sacramento de la confesión: «Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan» (Jn 20,22-23). Es bueno recordar que estos hombres eran como nosotros. Ellos estaban orando junto a María, en el cenáculo, en la mañana de Pentecostés, cuando el Paráclito prometido, el Espíritu Santo descendió sobre ellos (Hch 2). En esa mañana de hace casi dos mil años nació la Iglesia. El Espíritu Santo prometido va acompañándola y lo hará hasta el final de los tiempos.

Este Pentecostés en donde celebramos el nacimiento de la Iglesia nos encuentra en una situación difícil, con la pandemia provocada por el coronavirus y la cuarentena que de diversas maneras nos obliga a una forma de confinamiento y a un estilo de vida totalmente distinto al que siempre hemos tenido. La normalidad del trabajo, del encuentro, del abrazo, de la fiesta... todo eso, de un día para otro se paralizó. Algunos dicen que las formas de apertura y estilo de vida, a partir de ahora serán con una nueva normalidad. Creo que no existe una nueva normalidad, porque estas son formas extraordinarias, que más tarde o temprano, pasarán, para que volvamos a la dimensión social y compartida de la vida. En este contexto difícil seguimos llamados como Iglesia y como cristianos a evangelizar y hemos asumido algunas formas telemáticas que, aun cuando llegue la normalidad, ya las habremos incorporado en nuestro accionar. Es importante señalar que a los cristianos, esta forma de encierro no nos hace caer en una fe individualista. La dimensión social y comunitaria es un componente esencial de la fe como don de Dios.

Es importante subrayar que difícilmente la fe de un cristiano pueda madurar sin esta relación con la comunidad eclesial, con la formación permanente, con la necesidad de recurrir a los sacramentos, a la Palabra de Dios y al Magisterio de la Iglesia. Esto nos permite iluminar los acontecimientos que vivimos y nos fortalece para realizar opciones a veces difíciles que ayuden a humanizar y evangelizar nuestra cultura. Al respecto quiero citar un texto clave para profundizar en la necesaria *eclesialidad* en la espiritualidad de un cristiano, sobre todo en este tiempo caracterizado por un excesivo individualismo y subjetivismo. En *Evangelii Nuntiandi* el Papa San Pablo VI nos dice: «Existe, por tanto un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la Evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella ni mucho menos contra ella. En verdad, es conveniente recordar esto en un momento como el actual, en que no sin dolor podemos encontrar personas, que queremos juzgar bien intencionadas, pero que en realidad, están desorientadas en su espíritu, las cuales van repitiendo que su aspiración es amar a Cristo, pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo, pero no a la Iglesia. Lo absurdo de esta dicotomía se muestra con toda claridad en estas palabras del Evangelio: “El que a vosotros desecha, a mí me desecha” (Lc 10,16). ¿Cómo va a ser posible amar a Cristo sin amar a la Iglesia, siendo así que el más hermoso testimonio dado a favor de Cristo es de San Pablo: “Amó a la Iglesia y se entregó por ella”? (Ef 5,25)»

En esta reflexión quiero señalar la alegría de tantas comunidades que celebran con gozo y de diversas maneras la Solemnidad de Pentecostés. El Espíritu Santo nos da el don de la comunión en la diversidad de dones y carismas, y nos impulsa en la tarea evangelizadora que es la razón de ser de la Iglesia

En el documento de Aparecida se vuelve a señalar que la Misión de la Iglesia es Evangelizar. En este nuevo Pentecostés quiero terminar esta reflexión con un texto que expresa el gozo que tiene la Iglesia sobre el amor de Dios: «Anunciamos a nuestro pueblo que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el hombre, que está cerca con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas. Los cristianos somos portadores de buenas noticias para la humanidad y no profetas de desventuras» (DA 30).

Con la alegría de celebrar la venida del Espíritu Santo sobre su Iglesia, en este Pentecostés, les envío un saludo cercano y hasta el próximo domingo.

**Mons. Juan Rubén Martínez**, Obispo de Posadas.